



Pablo y los sinópticos, estudiados en el anterior volumen, son los primeros testigos de un proceso que llega hasta nosotros. Cada generación debe seguir profundizando en la «buena nueva» de Jesús, con el afán de redescubrirla en su tiempo y para su tiempo. Lo fundamental perdurará inalterable, pero variarán los matices y aspectos circunstanciales, en consonancia con el momento histórico. El primero de esos momentos lo señala el Concilio de Calcedonia que, con sus luces y sombras, marcó la posterior reflexión teológica, ejerciendo un poderoso influjo sobre las cristologías de la espiritualidad, de que fundamentalmente se ocupa este volumen.

Con cariño, pero también con espíritu crítico, J. L. Segundo, jesuita, se acerca a una de estas cristologías: la de los «Ejercicios Espirituales» de Ignacio de Loyola. Desde su profundo conocimiento del tema, pone de manifiesto la riqueza, pero también la necesidad de su renovación, para que encaje en el tiempo originado por el Vaticano II. Interpretación fascinante, llena de espíritu y madurez.

Del análisis de este modelo concreto —el ignaciano— pasa el autor a trazar las que juzga líneas fundamentales de una cristología actual. En ellas se convierte Jesús en criterio y norma de la actuación del cristiano en el mundo. En un universo amenazado y roto, Jesús de Nazaret es la mejor recapitulación del plan salvífico de Dios. El es lo primordial y, desde él, adquiere fuerza y concreción la tarea cristiana de lograr que sea Dios todo en todas las cosas.

Ediciones Cristiandad
Madrid 1982